

**E**

l Evangelio de Marcos (6, 1-6), es usado por

Monseñor Romero para explicar cómo Dios se manifiesta a través de los profetas.

Cuando San Marcos dice la frase: "Empezó a enseñar en la sinagoga", Monseñor explica, que San Marcos se refiere a lo que significa ser

profeta: "enseñar, ser maestro". En este sentido, continúa Monseñor, el profeta es propiamente el que habla en nombre de Dios, y de Cristo, y es de Cristo quien recibe Pablo "la vocación, la consagración y la misión para ser profeta de los pueblos gentiles". Fue Dios quien eligió a Pablo, es Dios quien "tiene la iniciativa".

Monseñor nos explica en esa misma homilía (8 de julio de 1979), que la Iglesia tiene una misión profética, la cual "es obra de Dios, y por eso no tenemos miedo a la misión profética que el señor nos ha encomendado", no con un sentido de jactancia, sino aclarando que todas las personas bautizadas, hemos recibido participación en la misión profética de Cristo.

"Por eso dá lástima pensar en la cobardía de tan-

## "La sociedad siente la presencia de Dios en sus profetas"

tos cristianos y en la traición de otros bautizados. ¿Pero, qué están haciendo, bautizados, en los altos campos de la política?, ¿dónde está su bautismo? Bautizados en las profesiones, en los campos de los obreros, en el mercado; dondequiera que hay un bautizado ahí hay Iglesia, ahí hay profeta, ahí hay que decir algo en nombre de la verdad que ilumina

las mentiras de la tierra. No seamos cobardes, no escondamos el talento que Dios nos ha dado desde el día de nuestro bautismo y vivamos de verdad la belleza y la responsabilidad de ser un pueblo profético"

Monseñor nos dice que se debe denunciar no sólo hacia afuera de la Iglesia, sino también hacia adentro, y señala esa misión del profeta: "El profeta también denuncia los pecados internos de la Iglesia", porque quienes la conformamos somos pecadores y necesitamos que él nos lleve a la conversión, y de esta manera "no nos deje instalar una religión como si ya fuera intocable".

El profeta, nos dice Monseñor, habla con obras más que con palabras, y su presencia atrae o rechaza, según la sociedad que lo escucha. Si

no es aceptado, todo lo que dice es puesto en duda y su persona es ofendida.

Sin embargo, aunque la sociedad rechace la palabra del Evangelio, porque es una sociedad egoísta e injusta, el profeta continúa con su prédica, porque "el éxito del profeta no es que se convierta la gente que oye su predicación; si esto sucede, ¡bendito sea Dios! Dios ha logrado su fin por medio de su instrumento, pero si el profeta no logra que esa gente testaruda se convierta, no importa, el éxito está en esto: en que ese pueblo testarudo, pecador, infiel, reconozca por lo menos que hubo un profeta que les habló en nombre de Dios".

Así como a Cristo lo marginaron, lo despreciaron y lo insultaron, de igual manera se puede hacer con una Iglesia que demuestra ser profética. Es por ello que monseñor se refiere a su prédica de esta manera: "Por eso nuestra predicación actual, que está encontrando eco en aquellos que quisieran que la Iglesia fuera algo en medio del mundo, no puede hablar de otra manera, sino denunciando tantas injusticias y defendiendo tantos derechos atropellados"♦

No seamos cobardes, no escondamos el talento que Dios nos ha dado desde el día de nuestro bautismo